



PILATOS

TODOS los hombres estamos y debemos estar sometidos a juicio, ya que existe una verdad que nos define como imagen de Dios.

Ahora bien, en este juicio en el que todos somos juez y parte ya que comienza en la historia bajo la mirada mutua que nos dirigimos, **UNOS** no dejan espacio al futuro cuando la imagen de los que caen bajo su decisión no se corresponde con lo esperado. Este juicio siempre condena y sus representantes son entre otros los que buscan lapidar a la mujer y los que condenan a muerte a Jesús. Los que piensan falsamente que ellos son el origen último que definen lo que justifica la vida del hombre. Realmente no saben lo que hacen. **OTROS** comprenden y dejan espacio al futuro y lo posibilitan incluso sufriendo el peso de la vida injusta que juzgan. Este es el juicio de la justificación del pecador que realiza Cristo con su vida y con su muerte en cruz, verdadera representación del juicio de Dios.

A **NOSOTROS** se nos pide no juzgar (Mt 7, 1) pues no sabemos, y ser en la historia testigos de su juicio abierto de Dios hasta que Él y solo Él cierre el futuro de la vida abriendo para ella su eternidad.

CIRINEO

TODOS estamos sometidos a la ley de la dependencia. Necesitamos de los demás y mientras aprendemos a vivirla con humildad y gratitud hemos de ejercitar la discreción y la justicia para no interrumpir el proceso de la vida común.

UNOS viven como si no necesitaran nada de los demás y obrando esta ayuda como obra que les justifica y que les define como superiores. Esta forma de vivirla siempre humilla y rompe la fraternidad. No ayudamos ni nos ayudamos. **OTROS**, sin embargo, con la ayuda justifican la existencia del necesitado, reconoce su espacio en la propia vida y cómo sin él no podríamos ser lo que estamos llamados a ser, aunque para eso hayamos de morir... Esta forma es discreta porque vive empobreciéndose para enriquecer, desapareciendo para que el otro aparezca.

A **NOSOTROS** se nos pide contemplar a Cristo para hacernos uno con él haciendo grandes a los que ayudamos.

VERÓNICA

TODOS ofrecemos en el rostro nuestra imagen. Un rostro que llama y responde, que interrumpe y prolonga la propia mirada.

Pero en él nuestra imagen se vuelve ambigua pues incluso en el tú a tú puede no ser más que un *selfie* ensimismado, una imagen autorreferencial que no cruza verdaderamente la mirada ni se impregna de lo que ve delante dejándose interpelar. **UNOS** así ofrecen un rostro que incluso en el exterior está vuelto y perdido en sí mismo, rostro que no dice nada más que que quiere ser escuchado sin diálogo. **OTROS**, sin embargo, se transforman en el cruce de miradas mostrando una hospitalidad en la que la acogida y comprensión se ven reflejadas en una imagen que termina por mostrar una comunión de vida en la carne.

Este es el rostro que **NOSOTROS** hemos conocido en Cristo, rostro que al mirarnos se hizo uno con nuestra carne hasta sufrirla con nosotros. ¿Quién no dará gracias? ¿Quién no se asombrará de ese cruce de miradas que empezó antes del tiempo?

SOLDADOS

TODOS somos llamados a la milicia, todos, porque hemos de defender nuestra humanidad, empezando por la de aquellos entre los que hemos sido conformados en esa geografía humana particular de la raza, del pueblo, de la familia... Quien no aprende a defender a los suyos, ¿cómo se preocupará por los más lejanos?

Pero **UNOS** han convertido esta milicia de amor concreto en odio al distinto, al que parece amenazar la forma que los propios han adquirido y sostienen, a veces a costa de otros, hechos invisibles. Hay que matar, de las múltiples maneras que sabemos hacerlo los hombres... con la excusa de que necesitamos defendernos. **OTROS**, sin embargo, han convertido esta milicia en una lucha por descubrir en esta forma particular de humanidad las huellas de la humanidad común y convertir su cuerpo en un campo de batalla contra el odio. Estos son los que “saben lo que hacen”.

Estos que nos son otro que Cristo que muere en la batalla para acoger, para rescatar en sí a la humanidad de esa ignorancia interesada y particularista que la ciega. ¡Perdona**NOS**, que no sabemos lo que hacemos!

JOSÉ DE ARIMATEA

TODOS somos hombres distinguidos para algunos. Todos tenemos nuestra identidad y nuestro prestigio sujeto a algún grupo, y está bien, pues ahí podemos descubrir nuestro valor.

Una vez adquirida nuestra identidad hemos de ser nosotros mismos, y nos asusta tanto la soledad que supone el abandono de los demás que al escuchar la llamada a salir de esta ciudad de los hombres y recoger el fruto de la viña eterna **UNOS** dicen “sí, ya voy”, pero el miedo a alimentarse de palabras que no son reconocidas como palabras de los nuestros nos retiene en una humanidad famélica mientras Cristo sigue esperando que vayamos a recogerle. **OTROS** asustados no pueden sostener el no en su interior, retraídos por el miedo, pero no pueden permanecer en la penumbra de la vida y no tardan en dar a luz una compasión que recoge a Cristo de su cruz y con él el fruto de la vida eterna.

Y ahí nos reconocemos **NOSOTROS** que hemos escuchado aquella frase No todo el que diga *Señor, Señor entrará en el Reino de los cielos...*, sino el que fuerce su voluntad para hacerla una con Cristo al acogerle, al recogerle de sus dolores.

JOFAINA

¿Quién no necesita lavarse las manos? El mismo contacto cotidiano con la realidad termina ensuciándonos a **TODOS**. Imposible esconderlo... y **TODOS** antes o después necesitamos presentarnos ante los demás con buena presencia, limpios y aceptables.

Para ello **UNOS** buscan su propia fuente de agua, el propio gesto donde redimirse ensimismados. Apariencia de limpieza pues nadie se limpia con lo que está sucio. Fuente de agua impía, llena de justificaciones por miedo a una verdad que se piensa absoluta: Nadie podría aceptarnos como somos. Poco a poco así, en su poder y mientras lo tienen, van simplemente defendiendo su conciencia y posición con argumentos falaces hasta hacerse uno con el cinismo de justificar lo injustificable. **OTROS**, sin embargo, se presentan tristes, sabiendo que no pueden acercarse a la fiesta santa de la vida por sí mismos, viniendo como vienen del vivir en los charcos de la calle. Pero confían desde lejos en que una mirada llena de hospitalidad les invite al manantial sanador de la misericordia, a ponerse en el curso del caudal nacido del costado abierto de Dios que va sanando las tierras que se dejan irrigar. Y una tras otra, las oleadas de este agua bendita parecen convencerles para que se adentren y se ahoguen (aunque sea humillados) en la humilde limpieza del perdón ya dado.

Glorioso baño bautismal donde las lágrimas de Dios por el hijo que se fue se ofrecen como lavatorio a **NUESTRAS** manos que solo se atreven a extenderse suplicantes ante Él.

CAMINO

TODOS somos camino que “se hace al andar”. Camino particular con mil extensiones y cien atajos, pero igualmente camino idéntico que debe sellar su Compostela en posadas fijas. La última es la muerte que nos ciega la vida si miramos de frente este no saber si vamos a algún sitio o si este camino que es nuestra vida se cerrará sin ser nuestro.

UNOS entonces se entretienen para no pensar ni mirar el horizonte, aunque sienten el aliento del final consumiéndoles, y se entregan a la distracción que cuanto mayor más fija, por contraste, la atención en el miedo a ese futuro de nada. **OTROS**, sin embargo, lo acogen como punto de fuga de su confianza en la vida recibida e invitada al camino del amor. Y cuando ven que no llegan a abrazarlo del todo ni siquiera cuando ya están al borde último del ser, aman entregándose al amor, y su fe se convierte en un éxtasis donde el grito de agonía y la entrega confiada se abrazan al saltar y dejar que el camino que se va borrando se adentre en el amor.

NOSOTROS mientras tanto meditamos el eco de una invitación: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”.

SUELO

Hemos de andar con los pies en la tierra, unidos al barro que somos, en pie sobre el barro del que fuimos tomados. Como le pertenecemos nos quiere a **TODOS** para sí, como nos elevamos sobre él parece mirarnos con una envidia que nos busca tragar.

Así las cosas **UNOS** se esfuerzan por no mirar al suelo mientras pueden, alzar la mirada distraída a lo alto en un afán ingenuo de liberarse como sea de la gravedad de la tierra, y viven así huyendo de lo que son con la angustia mordiendo de continuo su corazón. **OTROS**, sin embargo, se fijan en el barro, lo abrazan hasta el límite (una, dos, tres veces...) con el recuerdo del aliento que los llama a levantarse si no con las fuerzas de la carne, con la esperanza de la fe en que el Creador no dejará atrás nada y de que con nosotros elevará transfigurada la tierra hasta su Reino.

Cristo en el suelo con **NOSOTROS** abraza la tierra y a la de tres la resucita por nosotros.

VESTIDURAS

Lo humano es vestirnos. A diferencia del animal nosotros damos forma a nuestro cuerpo, una forma espiritual a través de nuestra forma de presentarnos. **TODOS** nos detenemos ante el vestido pensando, decidiendo cómo queremos que nos vean.

En este movimiento que busca expresarnos **UNOS** deciden esconderse bajo la apariencia de los ropajes que los envuelven con miedo del propio ser o con intereses no confesables por indignos de nuestro ser. Les asustan los ojos que puedan mirarlos y temen su juicio, o les interesan los ojos que les miran y buscan dominarlos con el arte de la seducción. Para **OTROS**, sin embargo, el vestido extiende la piel, dibuja el alma para que el otro se acerque confiado. El vestido termina siendo la misma carne vulnerable expuesta al encuentro verdadero. Este vestido es en el fondo su desnudez, pues detrás de él no hay nada que no coincida con la presencia de lo más propio de su ser: ni miedo ni interés, solo la espera del encuentro. Esta fue la túnica de Cristo, hecha carne desnuda finalmente en la cruz, mientras a sus pies algunos sorteaban (como los hermanos envidiosos de José) lo que ya no era sino un despojo en vez de salir de su escondite desnudos ellos también.

Desde entonces esperamos el tiempo en que **NOS** atrevamos a salir desnudos al encuentro del Dios que pensó el paraíso para vestirnos solo con amor.

SEPULCRO

TODOS somos un sepulcro, tierra abierta donde se entierra la semilla de los otros, donde han invertido sus esfuerzos dejándose parte de la vida. De todas formas **UNOS** son sepulcros oscuros donde la semilla no encuentra el camino de salida, donde se reseca sin dar fruto pues interrumpen el movimiento de la vida: amar-morir-amar-morir-amar (que parecen ser una misma cosa). **OTROS**, sin embargo alimentan la semilla de lo dado con su misma vida, a pesar de la penumbra de su corazón, y se convierten en terreno fértil, en sepulcros de resurrección.

Comprendemos ahora a Cristo que se enterró amándonos en el sepulcro de **NUESTRA** vida para que convirtamos su penumbra en fresca estancia donde se dé a luz la vida verdadera: amar-morir-AMAR.